

Título: El monstruo

- Nombre real: Eduardo Cabañas López

- Pseudónimo: Faísca

- Curso y nivel: 6ºB

El monstruo

Hacía días que Martín no salía de casa. Nadie salía. Tampoco Ana, su hermana, que hasta hacía poco se pasaba fuera todas las tardes y hasta discutía con mamá por la hora de volver a casa. Ahora Ana se pasaba el día en su habitación, con el ordenador y de muy mal humor.

Al principio a Martín le gustaba. Estaban todos juntos y jugaban a cosas para las que antes no tenían tiempo. Pero echaba de menos el balón. Y a sus amigos. Sí, incluso echaba de menos... el cole, pero eso no lo iba a reconocer nunca, aunque lo torturasen. Del arcón de los juguetes salieron cosas que no recordaba que tenía: un dinosaurio con la pata rota, un arco sin flechas, varias piezas de lego. Y después tenía que volver a recogerlo todo.

A él no le habían explicado mucho, pero Martín imaginó un monstruo por las calles, un monstruo verde, o rojo, o un monstruo mutante que cambiaba de color para asustar más. Aunque le habían dicho que sobre todo el monstruo era malo para los abuelos y de hecho él soñó un día que un monstruo grande y rojo se llevaba a su abuelo y a su abuela a lo alto de un monte y desaparecía con ellos por la boca de un volcán. En realidad, sus abuelos vivían en el mismo edificio, solo dos pisos más arriba. Al día siguiente subió corriendo las escaleras y llamó al timbre. Su abuela tardó más de lo normal, pero abrió la puerta y lo abrazó. Su madre lo había cogido gritando y lo había castigado en su cuarto toda la tarde. Martín no lo entendía, pero entonces Ana le había espetado:

-¿Tú no te enteras o qué? ¡El que les puede llevar al monstruo eres tú!

Martín se había quedado pensando, porque Ana siempre quería molestarlo y le llamaba enano, pero también sabía que era la que le decía las verdades. Así que Martín imaginó que el monstruo se escondía en su mochila o en su pelo y esperaba a que él se acercase a la puerta de sus abuelos para saltar y devorarlos.

Tampoco entendía por qué no podía él sacar a Guar a pasear. Se quedaba en casa, mirando desde la ventana a su madre o a Ana. Ella sí podía y eso era lo más injusto de todo.

A las ocho salían a la ventana a aplaudir. “A los héroes que luchan contra el monstruo”, le habían dicho, y él imaginaba una lucha de las de verdad, con espadas y catapultas, y por eso a veces, para salir a aplaudir, se disfrazaba, con su arco y escudo o con el traje de Batman. El monstruo, pensaba, era como Sauron, o como Voldemort, y en las películas que había visto siendo muy pequeño aprovechando que las veía Ana el monstruo siempre perdía. Y Martín aplaudía con ganas pensando que los enanos y los hobbits habían sido muy importantes para ganar la batalla.